

LA ALIMENTACION EN MEXICO. PRODUCCION, ABASTO Y NUTRICION

Benito REY ROMAY*

I. PLANTEAMIENTO

La agroindustria. Sus características generales actuales como elementos para una definición

La agroindustria es un tema que ha atraído y atrae en nuestro país la atención de muchos profesionales de la agronomía, biología, sociología y economía, por lo cual su tratamiento no es cosa que esté diferida. Sin embargo, podría decirse que, en su mayor parte, lo dicho y lo escrito aparecen parciales o limitados en cuanto a los juicios y proposiciones que se nos exponen y plantean. A mi entender, este es un problema de enfoque que consiste en que al complejo de actividades y recursos productivos que comprende lo «agro» del binomio «agroindustria», se le da, de principio, no sólo la exclusividad en la preocupación analítica, sino también, el papel de la parte indebidamente subordinada que hay que liberar de la industrial, quien la sujeta, según se afirma, sólo para enriquecer a unas cuantas empresas que, además de ser extranjeras trasnacionales en una gran proporción, demeritan las cualidades naturales de los productos que procesan.

No hay duda —fehacientes pruebas existen— que, en general, las industrias que procesan productos agrícolas, pecuarios y silvícolas, se han ganado un merecido y sólido desprestigio, entre otras cosas, con acciones explotadoras de productores campesinos y obreros eventuales, con operaciones a veces salvajemente contaminadoras de bosques y tierras; con publicidades extranjeras y extranjerizantes promotoras de un consumismo irracional de productos cuyos

* Investigador de Tiempo Completo del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

altos precios no se corresponden con sus costos ni con su real capacidad de satisfacción humana vital; o sea, en pocas palabras, con un comportamiento desentendido de los más vitales intereses humanos y sociales de una población cuya gran mayoría es de bajos ingresos y bajos niveles nutricionales.

Sin embargo, si bien la forma descrita de enfocar el asunto tiene explicación y ha producido investigaciones y revelaciones detalladas y valiosas de situaciones de gran trascendencia económica y social, ha ocasionado también que algunos planteamientos sean incomprensibles por contradictorios entre sí por quedar en el análisis separados, *funcionalmente*, el elemento agro del industrial. Pero no sólo esto. Al abarcar el análisis y el discurso, casi en su totalidad, al primer elemento, se convierten sólo en testimonios o descripciones de las condiciones problemáticas y deterioradas de los productores agropecuarios, de la progresiva irracionalidad de los consumidores, de la reordenación y estructuración del capitalismo imperialista en el sector; y del papel que en ello se va asignando a nuestro país. En realidad la función industrial está casi ausente en estos estudios.

Para corregir lo anterior, parece pues necesario dar, mejor dicho, extender, la atención al componente industrial, partiendo del reconocimiento de dos realidades de hoy en esta materia: a) que la interdependencia agro-industrial no es ya una mera relación de proveeduría de materias primas por un sector de la economía y de su transformación por otro distinto y b) que los *desequilibrios* que se advierten entre productores y transformadores, en detrimento de los primeros, son debidos, precisamente, a la artificial separación en que los mantienen el interés capitalista industrial que convirtió a la agroindustria en esa otra cosa que queda muy bien significarla con la palabra «agribusiness».

Creo que lo antes dicho amerita una explicación de las premisas de que parto en esta exposición y que, tratando de ser breve, podría expresar —espero en forma clara— con el siguiente juego de afirmaciones:

Primera. El análisis de la «cadena» agroindustrial, hacia arriba y hacia abajo de las actividades propiamente campesinas, permite afirmar que la agroindustria no es una mera concurrencia de dos sectores *distintos* de la actividad económica, *sino la forma industrial moderna de producir los productos del campo*. En otras palabras: los logros de la química, la genética, la termodinámica y la mecánica, principalmente, van haciendo desaparecer —o lo han hecho ya— a la agricultura, ganadería y silvicultura como actividades diferenciadas de la industria.

Segunda. Esta asimilación de las tradicionales actividades agropecuarias y silvícolas a las industriales, *las obliga* a que los abastecimientos que hacen a las plantas de transformación, sean concordantes con los requerimientos del proceso industrial y con los sistemas de distribución que son propios de los productos industriales, en cuanto a flujos —o sea, volúmenes y tiempos—, calidades constantes y comercialización permanente. Hacia el logro de estas condiciones se puede decir, además, que se ha encamunado, hasta hoy, la incorporación de todo el gran número de insumos de origen industrial que son visibles en las actividades del campo, colocados hacia arriba de la cadena de integración y en los sistemas de distribución lateralmente.

Tercera. Considerada como un sistema industrial la totalidad de la cadena agroindustrial, o de la estructura integrada como sería preferible llamarla, es obvio que toda ella debe tender a operar bajo criterio y normas (administraciones) industriales y no con las tradicionales, todavía supervivientes, de las actividades agropecuarias. Debido a esto, se explica que la actividad fabril no es sólo la que tiende a regir, *sino la que debe lograrlo totalmente*, en formas apropiadas a las necesidades de los respectivos procesos y de las características de los diferentes mercados.

Cuarta. La asimilación incompleta, o incipiente, de las actividades agropecuarias a los industriales, plantea problemas obstaculizantes evidentes a ambas, cuyo origen se encuentra, precisamente, en las contradicciones que genera la separación existente entre los agentes protagonistas de cada una de estas actividades productivas. Los intereses de los productores agropecuarios y de los productores industriales (sin olvidar los de los comercializadores) tienden a ser irreconciliables, principalmente porque se hace recaer en los primeros la mayor parte de lo todavía aleatorio de la producción, sin tener la posibilidad de transferir o amortizar los efectos negativos y por tener que resentir, en varios productos, la anulación de las ventajas que debía proporcionarles el incremento de su productividad, que tiene su explicación en la imposibilidad de regular su oferta, lo cual los mantiene en posición de relativa debilidad de negociación. Así, *los beneficios de los incrementos de la productividad de los campesinos se transfieren a los agentes industrializadores y comercializadores, en virtud de la separación que mantienen, o en la que se les mantiene, de la transformación y comercialización de sus productos.*

Quinta. En consecuencia con las cuatro afirmaciones anteriores, se puede concluir que *el grado de asimilación de las actividades agropecuarias a la industria, es lo que debe ser no sólo el enfoque conceptual del estudio técnico-económico agroindustrial, sino también, el cómo lograr y acelerar el proceso de esta asimilación lo que debe estructurar el marco propositivo de un programa de desarrollo económico y social campesino.*

Ahora bien, la persecución de una asimilación mayor o total, no implica el empeoramiento o desaparición de los agricultores, ganaderos y silvicultores, sino su conversión a lo que el nivel científico y tecnológico ya les permite y obliga económica y socialmente: *a ser industrializadores y distribuidores de sus propios productos, eliminando a los cobradores de dividendos de las ciudades y a los especuladores.* Esta conversión entraña, por otra parte, un gran potencial de cambio de la histórica disparidad de desarrollo entre los que todavía son dos sectores de la economía y de la que se va agrandando entre ciudad y campo.

De aceptarse las afirmaciones expuestas, quedaría claro que el estudio de los problemas de articulación entre campo y fábrica que deben preocuparnos en la actividad agroindustrial, no consisten de principio, en el papel decisivo que en la fijación de los precios rurales desempeña la industria, ni en que los contratos obliguen a los productores agropecuarios a producir sobre patrones tecnológicos rigurosos y predeterminados por la fábrica. El cuestionamiento de estas situaciones parece, de acuerdo a lo antes dicho, impertinente, pues de tales condiciones y de sus efectos actuales sabemos prácticamente todo y su existencia es imprescindible como principio o requisitos industriales. Lo realmente importante resulta ser entonces, quiénes son los que imponen estas condiciones y para beneficio de quién y cómo se puede resolver la contradicción de que los que las cumplen sean, precisamente, quienes resultan menos retribuidos o dañados, beneficiando con ello sólo a quienes las imponen. El problema como se puede ver, no es evitar una regimentación industrial, sino terminar con una tiranía industrial.

Tampoco tiene ya caso, en este contexto, analizar y discutir cuáles sistemas o modos de articulación agrícola-industrial son más o menos ventajosos que otros. En este caso, el tema aparece agotado. No hay alternativas para lo que en el fondo se persigue; sólo hay una forma de eliminar la explotación que padece el campo por una industria y comercio que debían servirlo. Sólo queda diseñar las medidas prácticas para implantarla, o revivir y adecuar algunas que fueron tímidamente intentadas en nuestro pasado. Con el hene-

quén empezamos a ver claro que para los agricultores no es suficiente tener la tierra, sino las industrias, pues son éstas, en el sector industrial específico que nos ocupa, quienes proveen actualmente *la mayor* parte de los alimentos que consumimos y no el campo como a primera vista parece.

II. RAZONES PARA EL IMPULSO DE LA AGROINDUSTRIA

En el apartado anterior, se mencionó que se acusa a la industria de demeritar las cualidades naturales de muchos productos con innecesarios procesos. Si bien esto puede afirmarse en los casos de algunos productos total e inútilmente deformados o degradados industrialmente, en la gran mayoría sucede que sólo pueden ser consumidos o utilizados mediante un proceso de adecuación y/o acondicionamiento para su transporte y almacenaje. Sin embargo, de esta mayoría, hay unos en que tales requerimientos son obvios; pero hay otros en que no lo son, como son los casos de legumbres, carnes y frutas que pueden ingerirse casi en su estado natural, o como el de las maderas, que bien podrían requerir solamente del dimensionamiento y secado, o del algodón que no precisa ser convertido en acetato de celulosa, o del pan y nixtamal que no tiene por qué ser empacado el primero o ser deshidratado y pulverizado el otro.

Considero que a esta ventaja industrializadora que se pone en duda, conviene hacer referencia; no para pretender una defensa o ilustración industrial, sino como ocasión para abundar en las razones y la necesidad de conversión acelerada de las actividades agropecuarias a industriales, hasta llegar a su asimilación.

1. La agroindustria, en términos generales, no surgió como capricho de desnaturalizar los productos antes de llegar a las manos del consumidor o para estandarizar sus gustos. La explicación, por ello, no se encuentra a primera vista visualizándolos y comparándolos con los naturales, pues aunque son del mismo origen son de otro género. Sin remedio, también la alimentación ha cambiado cualitativa e irreversiblemente al parecer.

La aplicación de la agro industria se encuentra en la solución de problemas que ha brindado a los productores campesinos inicialmente y con el entendimiento de los otros intereses que tal solución creó como contrapartida y que se encuentran hoy materializados en las plantas proveedoras y transformadoras de la producción de los campos y que en realidad son ampliación substancial cuantitativa o dimensional del ámbito agrope-

cuario, así como su factor cualitativo de cambio sectorial radical en la división de la actividad económica. La búsqueda de soluciones a problemas económicos resentidos por los agricultores, ganaderos, avicultores, etc., fue lo que creó y ha venido desarrollando la agroindustria. Primero con la adopción y adaptación de medios industriales de aplicación universal (como los motores de combustión y explosión y la electricidad) y, después, con la invención de otros de uso específico (como los fertilizantes químicos o los alimentos balanceados).

La utilización de todos estos medios industriales, más la intervención de la ingeniería hidráulica, la meteorología y la biología con sus técnicas constructivas, predictivas y productoras, no sólo vinieron a resolver los problemas agropecuarios señalados, sino también limitaciones productivas que se creían insuperables por surgir de la Naturaleza.

Este envoltente industrial que ahora es casi total, cambió, y sigue cambiando la esencia de las actividades agropecuarias: dejaron de estar totalmente, y cada vez lo estarán en mayor medida, condicionadas al diferente ser y libre actuar de la Naturaleza y a la labor casi artesanal del agricultor, del ganadero, o del avicultor. Así fue posible que surgieran las formas modernas de la conservación y transporte, geográfica y temporalmente irrestrictas y masivas de alimentos perecederos; el aumento sorprendente de la productividad del trabajo, con la mecanización de siembras, cultivos y cosechas; el incremento de la producción, con los fertilizantes, herbicidas y pesticidas; la mejoría de calidad (y al mismo tiempo segundo impulso de la producción), con la manipulación de las leyes genéticas y la producción industrial de antibióticos y vacunas veterinarias y, por último, con la transformación industrial de las características naturales de varios productos agrícolas y forestales, que ha estado creando variedades artificiales de los mismos, al igual que la escalación industrial de la bioquímica y la química nos abastecen hoy de productos sintéticos (como vitaminas, pieles y proteínas), partiendo de subproductos y desperdicios agrícolas que eran abundantes y de escasa utilidad y valor.

2. La explicación anterior podría ser resumida, en su mayor parte, con su interpretación teórica: la transformación industrial de los productos agropecuarios, así como el carácter industrial actual de su cultivo y desarrollo, surgieron (y por ello se requiere su impulso) porque desplazan la frontera en que empieza a

actuar la ley de los rendimientos decrecientes al disminuir tanto el carácter como el número de los factores fijos productivos con que operaban las actividades agropecuarias tradicionales; además, porque evitan la rentabilidad drásticamente decreciente que, como consecuencia del tipo de su oferta, se da en los mercados de productos perecederos (altamente especulativos) al permitir la regulación de los volúmenes a los mercados y, finalmente, porque permiten la posibilidad de transporte hacia todos los ámbitos no productores, dando con ello a los productos utilidad de lugar o de disponibilidad.

Sin embargo, se podría argumentar que las anteriores explicaciones aparecen como contradictorias de la realidad campesina, ya que a pesar del relativo desarrollo industrial agropecuario que se observa en nuestro país, los problemas económicos persisten en el campo; diferentes si se quiere, pero mayores al haberse incrementado los costos, y con ello las necesidades financieras y el riesgo económico, por la incorporación de un gran número de insumos industriales. La razón de todo esto, además del bajo crecimiento agroindustrial propiamente dicho, estriba en lo ya señalado: la separación o división todavía existente entre las administraciones e intereses de los agentes productores y procesadores. La solución para los primeros, no es pues sólo el aumento de su producción, sino también la captura del excedente que genera la transformación industrial.

III. CONDICIONES GENERALES DE OPERACIÓN DE LAS EMPRESAS AGROINDUSTRIALES

De los requisitos operacionales de las empresas industrializadas hay algunos que son imperativos que determinan el rigor que imponen sobre la operación de campo. Los principales son los siguientes:

1. El mantenimiento del máximo nivel de aprovechamiento de la capacidad productiva instalada es tal vez el más importante. De la imposibilidad de lograr esto derivan muchas consecuencias negativas conocidas en cualquier tipo de empresa. Sin embargo en nuestro país, los riesgos de que tal cosa suceda en la agroindustria son elevados e impiden el establecimiento de nuevas plantas, pues el grado varía según las tecnologías de cultivo y cosecha aplicadas a la producción proveedora y al tipo de productos a procesar. Si estos productos son perecederos o alta-

mente expuestos a condiciones naturales y la tecnología agrícola es atrasada, cada campaña productiva plantea una total incógnita de resultados industriales.

Puede afirmarse que una planta agroindustrial no debe instalarse en una zona de agricultura atrasada, aunque potencialmente sea suficiente. Esto es válido aún en los casos de industrialización de productos no perecederos, puesto que el eventual transporte de materias primas de baja densidad económica, como podrían ser los cereales, afecta significativamente los costos, a menos que dicho transporte sea subsidiado.

Sin embargo, la instalación de una planta puede ser el elemento pivote de un proyecto de optimización agrícola y debe instalarse; pero siempre y cuando la modernización agrícola y la procesadora se emprendan en tiempos compatibles, cosa que es prácticamente posible sólo en los casos de integración en una sola copropiedad y administración.

Es por este requisito industrial de abasto regular que, aun en las zonas de agricultura avanzada, las empresas tratan de asegurarlo mediante contratos y mantienen departamentos y laboratorios que les permiten hacer evaluaciones constantes del desarrollo de la producción que será procesada, así como equipos de extensionistas agrícolas que asesoran a los productores para conjurar y disminuir riesgos en las cosechas y para adaptar el proceso industrializador a las condiciones previsibles. Todo esto implica un grado elevado de supervisión sobre los proveedores, restándoles autonomía.

Los riesgos de disminución de la producción agrícola y, por tanto, de la industrial, han llevado, por otra parte, a encontrar soluciones técnicas importantes que hacen prever que tales riesgos lleguen a desaparecer con el tiempo totalmente, incluso en la horticultura, como son, por ejemplo, en ésta, el desarrollo vegetal parcial en invernaderos, no sólo para la siembra, sino para refugio de plantas en desarrollo en casos de amenaza de mal tiempo previstas por medio de satélites meteorológicos, o la creación de variedades de menor tiempo de maduración o de doble propósito como la que está en desarrollo para producir, en una sola planta, papas y jitomates. También los mecanismos de evolución y recuperación de desastres han avanzado y están en uso en nuestro país en ciertas regiones. Estos permiten hoy calcular rápidamente costos adicionales de recuperación parcial y tomar decisiones con rapidez. Así, ante un siniestro que afecte en elevada proporción estimada la cosecha, se puede decidir

arrasar un cultivo y emprender el sustituto con la velocidad que los ciclos agrícolas requieren y la mecanización permite. Las plantas industriales, por su parte, también requieren minimizar los riesgos con medidas que directamente están bajo su control. Así, se requiere introducir una mayor versatilidad de los equipos y estandarización de empaques que permiten el procesamiento de varios productos alternativos. La diversificación es pues también, una tendencia contra riesgos y también en busca de mayor utilización de capacidad, ocultándola en los tiempos entre campañas de los productos principales y no sólo una estrategia monopolística. Incluso, varias empresas agroindustriales producen otros productos alimenticios con materias primas que no obtienen ellas directamente del campo, como son dulces, galletas, licores, lácteos, etcétera. Adicionalmente, mantienen la duplicación de ciertos equipos con el fin de evitar paros en los periodos de recepción continua de producciones perecederas y masivas.

2. Otro problema que un elevado número de industrias procesadoras enfrentan, es la necesidad de aplicar grandes volúmenes de recursos financieros en activos circulantes de baja rotación. Los procesos productivos (azúcar y enlatados por ejemplo) son continuos y las materias primas de oferta estacional. Estas condiciones determinan grandes almacenes de productos terminados o de intermedios elaborados o no por las mismas empresas, que si bien llenan las bodegas en poco tiempo, se van desplazando, en cambio, en periodos largos, o sea en los que median entre campañas productivas. Este almacenaje se agranda todavía un poco más en el caso de los enlatados, por requerir de cuarentena antes de ir al comercio.
3. En nuestro país hay otra situación que la agroindustria de productos de amplio consumo debe enfrentar: No todos los productos agrícolas alimenticios que se industrializan están sujetos a precios oficiales y, sin embargo, las empresas que los procesan sí tienen los suyos sujetos a este control. Por esta razón, los costos de muchas empresas tienden a crecer (añadidos los incrementos de los materiales no agropecuarios) y sus precios a ser relativamente más estables. Esto ha determinado que, según nuestras cifras oficiales, se observe descenso en la utilidad sobre ventas.

IV. LA AGROINDUSTRIA ALIMENTARIA EN MÉXICO

Algunas características importantes

Con el fin de no interrumpir la secuencia del análisis, conviene, en primer término, hacer ciertos comentarios sobre cifras, relativamente recientes, de la producción nacional e importación —o sea del abasto— de las materias primas agropecuarias de los productos básicos agroindustriales alimentarios.

PRODUCCIONES NACIONALES

(Miles de toneladas)

	1979	1980	1981	1982	<i>Diferencia entre 1982-1979 1982 y años de mayor producción</i>	
OLEAGINOSAS (Ajonjolí, cacahuete, cártamo y soya)	1.561	1.021	1.256	970	-591	-591
GEREALES (Maíz, trigo y arroz)	11.238	15.604	18.599	15.102	+3.864	-3.497
CAÑA DE AZÚCAR	35.768	35.000	34.905	34.066	-1.702	-1.702
JITOMATE	1.565	1.321	1.074	644	-921	-921
Totales	50.042*	52.946	55.834	50.782*	+ 740	-6.711

* Hectáreas cultivadas: 1979, 8.202.000; 1982, 8.089.000.

IMPORTACIONES NACIONALES

(Miles de toneladas)

<i>De</i>	1980	1982
Soya	89	537
Maíz	827	226
Trigo	783	518
Arroz	102	10
Sorgo	2.405	1.371
Jitomate		
Totales	4.206	2.662

Las tablas anteriores, elaboradas con cifras oficiales publicadas por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, permiten formalizar algunas afirmaciones e hipótesis:

- El abastecimiento nacional de materias primas agrícolas básicas a la agroindustria alimentaria ha sido insuficiente. Esta insuficiencia, que en 1980 ameritó importaciones de más de 4 millones de Ton., se ha venido agravando según informaciones dadas a conocer por las propias autoridades en declaraciones periódicas y en otras publicaciones.¹
- El potencial productor nacional para los productos agrícolas en cuestión es aprovechado irregularmente, según se puede deducir del comportamiento anual de las cifras de cada producto y, en términos generales, desaprovechado según lo indican las mayores producciones obtenidas en el periodo. Este desaprovechamiento significó una pérdida de producción de más de 5 millones de Tón. en 1982, respecto al potencial demostrado en 1981.

La fuente informativa citada ha hecho declaraciones que respaldan en parte lo anterior. Un resumen de ellas es el siguiente:

¹ El descenso notable de las importaciones de 1982 con respecto a las de 1980 que muestran las cifras expuestas, no tienen sustento a la luz de las cifras de producción. Por tanto, tal descenso puede ser atribuido a la poca disponibilidad de divisas del país; muy crítica en 1981 y 1982, que pudo haber sido compensado con el agotamiento de inventarios y con la contracción de la demanda.

El PIB del Sector Agropecuario, en términos reales, durante la década de los 70's, creció a una tasa promedio anual de 3%. Las exportaciones, también en términos reales, mantuvieron un ritmo de crecimiento del 3.1% como promedio anual, que contrasta con el de las importaciones que fue del 27.6% en términos reales, lo que dio como resultado que el saldo real positivo de la balanza comercial del sector haya disminuido a un ritmo promedio anual de 3.7% para la década en cuestión. La dinámica para el trienio 1980-1982 fue la siguiente en términos reales: el PIB registró un crecimiento promedio anual de 2.7%, menor en 0.3% al de la década anterior; la productividad también creció a un ritmo menor (1.3% contra 2.3%); la balanza comercial agropecuaria registró, para este trienio, un déficit que, debido posiblemente a la fuerte contracción de la demanda agregada, disminuyó de una manera acelerada (78.3% en promedio anual).

El decremento del PIB, en el trienio, de este sector, en términos reales, fue de 0.6%, registrado, todo él, en el subsector agrícola, puesto que las otras actividades componentes crecieron respecto a 1981. Estos sucesos determinaron que la participación del subsector en el PIB nacional descendiera en 7.1% en 1970 a 5.1% en 1982.

Las comentadas condiciones de irregularidad e insuficiencia de la producción doméstica de materias primas agropecuarias, no sólo determinan volúmenes cuantiosos de importaciones reveladoras de un elevado grado de desintegración nacional en la producción agroindustrial mexicana, sino que, además, son causantes de una deficiente operación industrial y de una ausencia de proyectos de desarrollo en aquellas actividades cuyas materias primas no son importables. Un ejemplo de esto se encuentra en la importación conjunta de azúcar, leche en polvo y aceites que, en 1980, fue de 891 mil toneladas y, en 1982, de 542 mil, cifra, esta última muy conservadora por razones antes mencionadas.

Sin embargo a pesar de las limitaciones que le ha impuesto la situación de la proveeduría nacional de sus materias primas, la agroindustria alimentaria ha mostrado un apreciable crecimiento relativo. Entre 1970 y 1982, de acuerdo con cifras publicadas por la fuente que ya se ha citado, la industria agroalimentaria registró la siguiente evolución global de su producción bruta a precios de 1970:

VALOR DE LA PRODUCCION BRUTA AGROALIMENTARIA

(En millones de pesos)

Años		% participación en manufacturas
1970	77 166	28.2
1980	120 393	22.6
1982	133 045	24.0

Por lo que se refiere al Producto Interno Bruto generado, la evolución, también a precios de 1970, fue la siguiente:

Años	Producto Interno Bruto Agroalimentario (millones de pesos)
1970	21.327
1980	34.716
1982	38.469

Ahora bien, un aspecto de gran interés se descubre: se contrastan las cifras del valor de la producción bruta total expuestas, con las sumas del mismo valor producido por sólo un grupo de las actividades industriales integrantes:

de las clases:	1970	1980	1982
Carne y lácteos	27.449	40.369	43.833
Molienda de trigo	10.263	16.689	18.482
Azúcar	4.246	5.164	5.257
Aceites y grasas	5.975	9.513	10.797
Molienda de nixtamal	11.731	17.143	19.041
Sumas	59.664	88.898	97.410
Valor de la producción total agroalimentaria a precios de 1970 (millones de pesos)	77.166	120.393	133.045
% de participación de las clases seleccionadas	73.3%	73.8%	73.2%

Otro aspecto de importancia lo revela la participación que el valor de la producción agroalimentaria (excluyendo bebidas) ha venido representando, dentro del valor total del sector manufacturero nacional: en 1970, el 28.2%; en 1980, el 22.8; y en 1982, el 23.3%.

Las cifras expuestas en este apartado, permiten hacer una evaluación general y resumida de la industria agroalimentaria nacional en el periodo 1970-1982:

- a) No obstante que la producción, en términos de valor, registró una tasa de crecimiento real de significación, los valores absolutos muestran una situación precaria que se magnifica si se consideraran los niveles y evolución de los per cápita nacionales, no ya en valor, sino en volumen. Para proporcionar una idea de esto, se consignan las siguientes cifras que, incluso, contienen las importaciones de complementos de la producción nacional:

CONSUMOS APARENTES PER CAPITA

(Kg. anuales)

Producto	1970	1980
Trigo (sus productos industriales)	42.1	44.3
Maíz (sus productos industriales)	61.6	69.7
Arroz pulido	5.3	5.8
Aceites y grasas	n.d.	11.0
Leche (pasteurizada y rehidratada)	96.2 (lt)	55.2 (lt)
Carne en canal	18.0	22.1

FUENTE: "Serie Productos Básicos, 1. Alimentos: Análisis y Espectativas", 2a. edición. Srias. de la Presidencia, Programación y Presupuesto, Patrimonio y Fomento Industrial, de Comercio y Depto. de Pesca, México, 1981.

- b) Las tres cuartas partes del valor de la producción bruta global de la agroindustria alimentaria mexicana, se genera en sólo seis grupos de productos, representando el resto una gran gama con valores totales y particulares reducidos. En 1982, el valor de la producción de los seis grupos mencionados, a precios de 1970, representó el 73% del valor conjunto. Basándose en estos datos, podría afirmarse que la industria agroalimentaria nacional no ha

rebasado, prácticamente, la etapa de producción de bienes salario en la cual, como ya se vio, es incluso insuficiente frente a la demanda efectiva nacional que, de por sí, revela bajos niveles nutricionales a la luz de los bajos consumos aparentes per cápita.

V. LA INVERSIÓN EXTRANJERA EN LA AGROINDUSTRIA ALIMENTARIA MEXICANA

De acuerdo con el artículo de Rosa Elena Montes de Oca y Gerardo Escudero publicado en la revista de *Comercio Exterior* en su número correspondiente al mes de septiembre de 1981, entre 1960 y 1980 se dio un fenómeno de concentración creciente y un importante avance de la inversión extranjera en determinadas clases industriales agroalimentarias. Explican los autores que la política gubernamental de control de precios ha ocasionado que estas inversiones se centren en las producciones de precios libres de altas rentabilidades, las cuales son cuantiosas debido a la utilización de productivas tecnologías de producción y sofisticada comercialización, que han impuesto sus productos en el mercado, desplazando a los tradicionales mexicanos. Señalan, además, que ya en 1970, el 70% de la producción industrial alimentaria se generaba en actividades en las que, por lo menos, había una extranjera entre las cuatro mayores empresas.

Al igual que otros investigadores de este asunto, los referidos afirman que la penetración extranjera ha introducido, además de sus muy particulares intereses, perversión en los gustos, irracionalidad en el gasto alimentario y distracción de recursos (financieros, agrícolas e industriales) en actividades de muy baja prioridad pero de elevada utilidad sobre ventas.

Utilizando la excelente investigación en que se apoya el artículo mencionado, se pueden hacer las siguientes precisiones del problema que se está comentando:

En el año de 1975, de un total de 40 clases industriales integrantes de la agroindustria alimentaria, en 25 existían 25 trasnacionales operando. Estas 25 pueden calificarse en 4 grupos:

- Cuatro clases con un grado de trasnacionalización de más de 75% de su Producción Bruta Total que comprenden los siguientes productos: café soluble y envasado de té; leche condensada, evaporada y en polvo; chicles; jarabes, colorantes y concentrados.

- Siete clases con un grado de transnacionalización de 50 a 75% de su Producción Bruta Total, comprendiendo los siguientes productos: harinas distintas de la de trigo a base de cereales y leguminosas; flanes, gelatinas y similares; cocoas y chocolates de mesa; palomitas, papas fritas, chicharrones; sal refinada y envasada mostaza; vinagre y otros condimentos, y alimentos balanceados para animales.
- Cinco clases con un grado de transnacionalización de 25 a 50% de la producción bruta total: conservas y encurtidos de frutas y legumbres; jugos y mermeladas; salsas, sopas y alimentos colados; galletas y pastas; dulces, bombones y confituras, y otros productos alimenticios.
- Nueve clases con un grado de transnacionalización menor del 25% de su producción bruta total: frutas y legumbres; productos agrícolas desgranados, descascarados, limpiados y seleccionados; carnes conservadas y empacadas; leche pasteurizada, rehidratada y homogeneizada; crema, mantequilla y queso; cajeta, yogures y otros a base de leche; pan y pasteles; aceites, margarinas y otras grasas vegetales.

En los grupos 1 y 2 anteriores, se daba, además, el hecho de que pocos establecimientos eran los que controlaban gran parte de la producción de cada clase comprendida y operaban en mercados selectos y oligopólicos.

En 1975, el grado de participación de las empresas transnacionales en la Producción Bruta Total de la industria alimentaria fue de, alrededor, del 25%. El número de establecimientos de estas empresas fue de 122 en dicho año.

En términos generales, lo expuesto revela un fenómeno de inversión extranjera importante y creciente, que tiende a enajenar, y lo ha hecho ya en gran medida, todo el desarrollo futuro de la industria alimentaria en los sectores de mayor elaboración industrial, mayor valor agregado y generación de excedente.

Sin embargo, a primera vista parece necesario imponer mayor objetividad al análisis de tal fenómeno a lo cual mucho contribuirían estudios específicos de clases industriales para los cuales ya existen los que dan el marco general suficiente. Estudios específicos excelentes existen ya algunos, como en los casos de cárnicos y de frutas y legumbres.

Considero que aclarar o deslindar el campo resulta necesario pues, a primera vista, las investigaciones generales dan la impresión que la inversión extranjera en la agroindustria sólo tiene la doble

importancia económica y social en los casos de lácteos, alimentos para animales, embutidos y algunos enlatados de legumbres y que, en el resto, se está exagerando puesto que su intervención sólo afecta al país en la producción de postres, golosinas y bebidas de alta graduación alcohólica.

Esta primera vista no deja de dar una visión cierta, si se piensa y sabe que la demanda de los alimentos básicos y de consumo popular es abastecida por empresas nacionales y/o estatales que representan, además, la gran mayor parte de la Producción Total Bruta de la agroindustria alimentaria y que capturan la mayor parte del gasto familiar promedio en nuestro país. En el año 1975, los consumos de tortilla, pan, galletas, pastas, arroz, grasas y aceites, leche, carnes y pescados y mariscos representaron el 63% del gasto familiar alimenticio en promedio y el 62% en el de las familias de menores ingresos.

Parece ser pues necesario priorizar la investigación y enfocarla a los casos particulares de mayor trascendencia.

También deben revisarse los criterios que responsabilizan a la inversión extranjera, en exclusiva, de la irracionalidad en el gasto alimentario. El asunto de tal irracionalidad es todavía más amplio y la visualización de sólo una parte hace que se pierda de la atención a la mayor que realmente es muy preocupante. En su base la irracionalidad que comentamos es producto de la general que caracteriza al sistema capitalista y que en las economías subdesarrolladas es factor que agrava en mayor grado que en las otras la precaria condición de las mayorías.

No hay duda que tan irracional puede resultar el consumo de pastelillos o chicharrones producidos por extranjeros, como el pagar los altos precios de los «taquitos», tan sabrosos como rentables para los mexicanos que los venden (más que los pastelillos, y chicharrones a sus productores) sin que sean más nutritivos.